

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 27 DE MARZO DE 1916 →

NÚM. 1.787



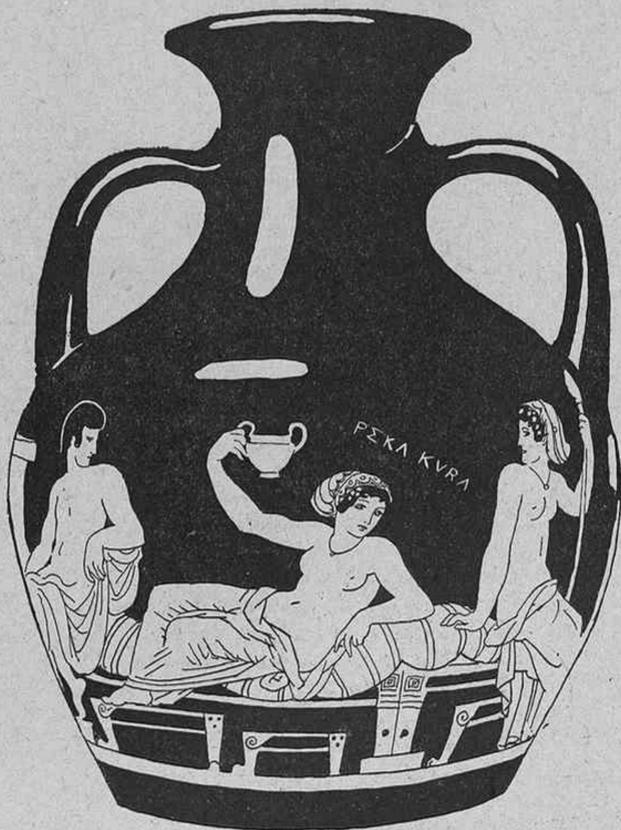
Attila humillado ante los medios de destrucción empleados en la guerra moderna: «En mis tiempos no habíamos llegado a tanto».

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407

Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN. Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS tipo PIANOLA. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis**.
 Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



Ya en Grecia las heteras debieron su hermosura a haber usado **Crema** y **Polvos PECA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

NO MAS VELLO

POLVOS COSMÉTICOS de FRANCH
 DEPILATORIO
 NO IRRITA EL CÚTIS
 QUITA EL PELO EN 2 MINUTOS
 MATA LA RAIZ
 BORRELL Hnos., Asalto, 52, Barcelona
 LO REMITE POR CORREO CERTIFICADO ANTICIPADO 3 PTAS 50.

BALNEARIO BRIOUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Tricófero Padró

para quitar la caspa, canas, mal en la cabeza y caída del pelo. Es el tónico y regenerador del cabello más antiguo y acreditado de España. Hace crecer el pelo sano, limpio y con su color natural, frasco 1,50 pesetas. Venta en droguerías y perfumerías. — Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo.

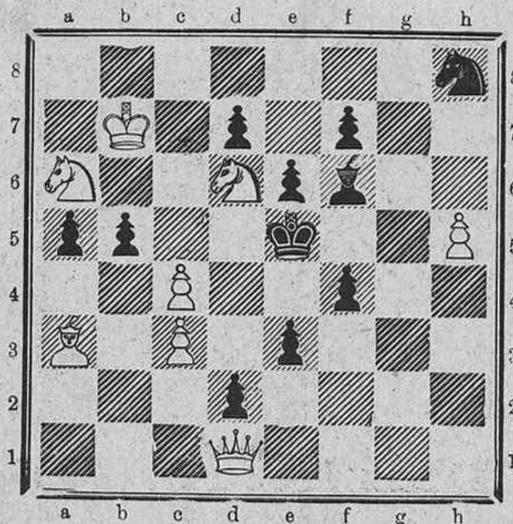
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 26. LEMA: «TEO»

NEGRAS (11 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 25. LEMA: «ANNY (b)»

- | | |
|-------------------|----------------------|
| 1. Dc4-c1, Tf1xc1 | 2. Cb3-c5, etc. |
| Tf1-f5) | 2. Dc1-d1 jaq., etc. |
| Ab6-d8) | |
| h3-h2) | |
| Ab6-e3 | 2. Dc1xf1, etc. |
| f7-f6) | |
| Otra jugada | 2. Dc1-g5 mate. |

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 25 (a). LEMA: «ANNY»

- | | |
|-------------------|----------------------|
| 1. Db8-b1, Te1xb1 | 2. Cd6-b5, etc. |
| Ta5-b5 | |
| Aa6-c8 | 2. Db1-c1 jaq., etc. |
| Te1-e2, e3, etc. | |
| Te1-f1, g1, h1 | 2. Ce3xd5 jaq., etc. |
| Te1-e8 jaque | 2. Cd6xe8, etc. |
| Otra jugada | 2. Db1xe1, etc. |

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

DE

Pinillos, Izquierdo y C.^a

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

57.375 toneladas Morson de registro total.

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL

Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

OBSEQUIO HUMANITARIO

La neurastenia, inapetencia, debilidad cerebral y demás enfermedades del sistema nervioso se curan rápidamente con el FOSFO-GLICO-KOLA, Doménech, cuyo autor manda GRATIS, a quien lo pida, una muestra, prospecto y certificados autógrafos VERDAD de varias eminencias médicas de España.
 B. DOMÉNECH farmacéutico. — Ronda San Pablo, núm. 71, BARCELONA.

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 27 DE MARZO DE 1916

NÚM. 1.787

BARCELONA. GALERÍES LAYETANES. - EXPOSICIÓN RAMÓN CASAS



MARIETA, cuadro de Ramón Casas. (De fotografía de F. Serra.)

(Véase página 215.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Su Alteza el Pensamiento*, por Vicente Díez de Tejada. — *La guerra europea*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Guadalajara. Entierro de la duquesa de Sevillano*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Exposición Recoder*. — *Madrid. Estreno de «La bendición de Dios»*. — *Madrid. Exposición Cabanes-Oteiza*. — *Barcelona. Exposición Casas*. — *Los Estados Unidos y los revolucionarios mexicanos*.
Grabados. — *Marieta; Dibujo al carbón; Violette; Luz*, cuadros de Ramón Casas. — Dibujo de J. Basté, que ilustra el cuento *Su Alteza el Pensamiento*. — *La guerra europea* (seis fotografías). — *Notas gráficas de actualidad de Madrid, Guadalajara y Barcelona*. — *El general Villo al frente de una de sus partidas armadas*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por unos días, han sido actualidad los exploradores zaragozanos, que venían a traer a Mariano de Cavia el mensaje de felicitación y cariño de su ciudad natal. Madrid los ha festejado y en *El Imparcial* se les hizo un recibimiento espléndido.

Satisfecho puede estar Mariano de Cavia. Con él han echado el resto todos: en primer término, la prensa; luego, tantos admiradores que deseaban sin duda ocasión de exteriorizar sus simpatías; el Rey; Aragón; y, por nuestra parte, y muy sinceramente, los Consejeros de Instrucción Pública. Es difícil, en un país frío para las letras, suscitar tantas y tan entusiastas manifestaciones en honor de un publicista, de un periodista.

Analicemos esta página de la vida del ilustre «chico del Instituto». Cuando, terminada la entrega del mensaje, bajábamos para mojar con un sorbo de Champagne la alegría de la hora, mi pensamiento estaba fijo en un problema. ¿Y después de esta demostración vibrante? Los artículos de Mariano de Cavia, con motivo de ella, dejaban transparentar un fondo de amargura. Sin duda, agradecía mucho Cavia tanto extremo; pero, en primer lugar, su poca salud le hacía hasta penoso el homenaje. Un enfermo no puede saborear estas mieles como un sano. Y luego, la imposición de la vida real. Tanta carta, tanta felicitación no le dejaban ni tiempo para el trabajo. Hasta existía una obscura relación entre la índole de su mal y las molestias que le causaba el acrecentado prestigio de su nombre. Padecía del oído y tanto estrépito en torno...

Así, cavilaba yo en lo que hay tras de las apoteosis. Triste es el destino del escritor (del que no sea más que escritor, y no vaya por la senda de la pluma hacia la política). Lo que la pluma produce es, en el caso más favorable, suficiente para vivir en pie modesto: nunca para hacer economías y guardar, como la hormiguita de la fábula, para cuando sople el cierzo y arrecie el frío. No hay retiros ni pensiones en la profesión. Debiera haberlos, sea por el sistema de montepíos o como sea.

Estos pensamientos me obligaron a calcular el fruto de la popularidad de Mariano de Cavia, si perteneciese al orden de las popularidades políticas, y no al mucho más espiritual e idealista de las que se ganan a fuerza de emborronar papel. Por la política, Mariano de Cavia tendría en Zaragoza un feudo, y en Madrid Dios sabe qué prebendas, y sería ministro y todo un personaje. Esto, lo repito, si guardase proporción con su actual nombradía literaria la que le fantaseo en otro terreno más positivo.

Otra ventaja de la política. Cuando un político se ve en el caso de renunciar a la vida activa, sea por cansancio o por cualquiera otra razón, malo será que no halle descansado abrigo en algún puesto compatible con la dignidad y el relativo ocio. El escritor, en cambio, si se rinde a la fatiga o si el tantas veces veleidoso público le vuelve la espalda, no tiene más recurso que la cama del hospital. Y para que no se crea que esto es fraseo romántico, ahí están dos ejemplos bien recientes: el de Martínez Barrionuevo y el de José Loma. El primero, en el hospital se halla; para el segundo, muerto en plena producción, ha tenido la prensa que organizar una fiesta productiva, a fin de que su familia no quedase en la miseria.

Cavia se encuentra en plena producción también: nunca su pluma ha sido más vigilante y ágil que en estos últimos tiempos. Es de suponer — ojalá —, que disfruten todavía por largos años sus lectores de las vivaces páginas cotidianas de su prosa. Cabe sin embargo en lo humano y en lo posible que la salud de Cavia se quebrante, que los médicos le prohíban el trabajo — cualquier contingencia natural, que siempre debiera ser prevista —. Y ahí tenéis a un gran escritor, que, al cabo de larga vida de trabajo incesante, dispondría del día y la noche, por fruto de sus desvelos.

Ya sé que Cavia no sería nunca olvidado por sus compañeros. Buena prueba de ello es la proposición

de *La Correspondencia de España*, que trata de dar a Cavia, en todo caso, el retiro, con honrosos y decorosos emolumentos y con el haber que por clasificación como talento le corresponde. Este caso particular no desmentiría la regla general. Los escritores o sufren en vida la estrechez o la legan, al morir, a los suyos. Y es que lo literario, en realidad, está fundado en el aire, aun para los elegidos, de quienes se puede decir, con el Apóstol, «muchos corren en la estacada, pero uno solo gana la carrera». Todo lo literario está cimentado en el gusto versátil, no corregido por la crítica; en algo circunstancial, más que esencial... Y por eso lamento que, en pos de las apoteosis, no quede asegurado el porvenir, en forma todo lo prosaica que se quiera, pero ahorrando recelos y angustias.

He oído discutir y hasta censurar algo que se acostumbra en Inglaterra. Siendo el heroísmo lo más ideal que se concibe, Inglaterra lo recompensa con buenas libras esterlinas. Regala el Estado fuertes sumas al general victorioso. Y es una precaución contra el mañana, porque todo se olvida en este mundo, ¡hasta la victoria!

Suele quedar en el ambiente un zumbido, y nada más, de las famas; aun de aquellas que, unidas al interés de personas o colectividades, tienen quien las fomente y despierte el seso de las multitudes. Hace tiempo, se dirigió a mí la viuda de un poeta, del más indiscutido y glorioso que conocieron nuestras generaciones, para que yo recabase del Estado una pensión; porque, anciana y ciega, no podía vivir. Y gracias a la cooperación de una dama cuya muerte lamentamos a cada momento, la marquesa de Squilache, tuvo la viuda de Zorrilla su pensión votada en Cortes. Otra viuda de poeta, que no era Zorrilla, pero al cual se hicieron reiteradas demostraciones de admiración en su país, también sufre miseria, afirmando que nada le ofrecen los editores por las obras de su marido. Es increíble lo poco que lee la gente. El periódico sí que se lee: pero ¿dónde habrá nada tan efímero? Si no se recoge en libros algo de lo que la prensa difunde, será muy difícil a las generaciones venideras juzgar la labor de los más brillantes periodistas, de la cual no podrían tener noticia sino consultando las colecciones que archivan las bibliotecas; y dejo a la consideración del lector lo laborioso de tal indagatoria...

En medio de su merecido triunfo, Mariano de Cavia no olvida su tarea de «¡lupiar y fjar!» Protesta de las palabras «escutismo» y «escultismo» aplicadas a la institución de los muchachos exploradores, y tiene razón, a fe, porque ambas suenan como ladrido de can. Propone reemplazarlas con la palabra «esculquismo» aceptando la idea de D. Arturo Cuyás, y el vocablo «esculcas», sin duda mucho más castizo, aunque no excesivamente eufónico.

El sustantivo «esculca» es claramente castizo. En mi región no ha caído en desuso. He oído mil veces, en el campo, decir, verbigracia: «Tengo puestas *esculcas* para averiguar tal o cual cosa.» El sustantivo no suena muy mal, pero no así el verbo. Yo escultizo, tú escultizas... No me parece fácil aclimatarlo. Y, por otra parte, no encuentro tampoco que la palabra «esculcas» que tuvo en su origen sentido militar, exprese bien la idea que los exploradores realizan. *Exploradores* acaso la encarne mejor, pero no del todo bien. Porque realmente los muchachos que acaban de hacer tan bonita jornada desde Sansueña aquí, no *exploraron*; únicamente *recorrieron*. Y hay varias doctrinas de esta institución, que no se explican ni con decir *esculcas* ni *escuchas* ni *exploradores*. La palabreja adecuada es la que yo desearía encontrar.

¿Por qué no llamarles los *andantes*, y a su labor, el *andantismo*? Exploren o no, los muchachos andan, y bien ligeros, y el movimiento y el ejercicio activo parece ser su lema. Lo de *andantes* sugiere cierta idea de caballerosidad, que armoniza con los dictados de su instituto. Los *activos* también me gusta. Encierra el sentido de la viveza en la acción, y del ánimo siempre dispuesto al bien. Activos o andantes les llamaría. Pero llámenles como quieran.

Y les quitaría de una vez ese «¡hurra!» que no puede ser más antiespañol. *Hurra*, dice el Diccionario que tengo más a mano, el del Sr. Rodríguez Navas, es «voz o grito de alegría con que los marinos ingleses honran o aclaman a sus jefes o personas notables de a bordo, e interjección de alarma de los cosacos al entrar en batalla». Esta última acepción sospecho que no tiene más origen que el *Canto del Cosaco*, de Espronceda, donde leemos:

«¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
 Ya Europa os brinda espléndido botín.
 Lagos de sangre sus campiñas sean;
 de los grajos su ejército festín.»

De aquí habrá sacado el autor de este Diccionario, tomándolo acaso de otro cualquiera, el que los

cosacos usan como voz de alarma el británico ¡hurra! Pero, no siendo nuestros exploradores ingleses ni cosacos, el hurra les sienta como al chocolate el perejil. Casi, o sin casi, preferiría que gritasen ¡ole!; pero me decido por el castizo «¡vitor!» tan empleado en las Universidades, en otros días más venturosos para la patria.

Seguimos enzarzados en la competencia de divos, entre la Zarzuela y el Real. Titta Ruffo, ídolo de Madrid, atrae a la Zarzuela a mucha gente. Anselmi, a la hora en que esto escribo, va tal vez a exhalar en el Real su canto del cisne. Y digo su canto del cisne, porque, según noticias, padece una enfermedad que afecta a sus facultades prodigiosas, y el esfuerzo que tiene que realizar para emitir las mágicas notas que electrizaran al público, es visible, y perjudicial para la enfermedad misma. Si esta mala nueva (no tan nueva ya) se confirma, no sin razón digo que la despedida de Anselmi, en el Real, pudiera considerarse una despedida verdadera. No lo quiera Dios. Anselmi nos ha dado, en *Manon* y *Tosca*, muy gratas impresiones sentimentales. Y es joven, ¡y le quedarían tantos años de triunfo!

En cambio, Battistini, avanzado en su otoño, está, de facultades, en plena juventud. Todavía no le he oído en *Thais*; parece que hace una creación.

Momentos de zozobra para Portugal son éstos, y España está demasiado próxima para no temer las salpicaduras. Lo indudable me parece que, si asiste la fortuna en este empeño a la vecina República, es decir, si los aliados vencen, el porvenir será risueño y lisonjero para esa hermosa región peninsular.

Puede ser también la guerra su ruina... ¿Quién lo duda? Las posibilidades no se discuten. Alemania ha borrado ya del mapa a varias naciones sin suficiente poderío militar, aunque con sobrado valor y ánimos para verter su sangre. Hay una contingencia favorable a Portugal: está en comunicación directa con Inglaterra, y puede ésta auxiliarla eficazmente, y será lo más probable que lo haga, hasta por egoísmo. No le convendría a Inglaterra consentir que Portugal fuese aniquilado.

No sé por qué, tal vez sin razón suficiente y exponiéndome a la burla de los que tienen «descontado» el triunfo de Alemania, se me ha ocurrido que esta fecha, la declaración definitiva de guerra de Portugal, señala el momento en que el esfuerzo de los alemanes se paraliza, y el de los aliados crece y se afianza. No es el poder material de los portugueses, holgaría decirlo, el que puede pesar tanto en la balanza: es el hecho de que una nación, escasa de contingentes para medirse con el gigante, le lance sin temor la piedra. El gigante empieza a respirar mal. El resuello se le acorta. Verdún, al parecer, le ha salido hueco. Y si no se ve por dónde va a venirles la derrota, aun es menos claro por dónde les vendrá el triunfo. Portugal es una nación pequeña; pero es una nación, otra más, que se les pone enfrente. No hay enemigo pequeño, dice el adagio. Y menos si es un enemigo valeroso, y que juega a una carta su papel en el mundo.

Lo indudable es que tenemos que armarnos de paciencia los que tanto deseamos que la guerra se concluya. Esto se prolonga de un modo desesperante. Y no se gana, por una parte ni por otra, una extensión razonable de terreno. Acertadamente llama un diario a la actual contienda «la guerra interminable».

El que no se termine forma parte del plan de campaña de los aliados. Quebrantar para vencer; cansar, rendir al enemigo; una vez cansado, ya pedirá paces, en condiciones ventajosas o por lo menos honorosas. ¿Cansar a Alemania? ¿Acorralar a Alemania? ¿Es esto posible, factible? Sin duda lo es. «El vino que ella bebe está hecho de uvas» diría Yago. Alemania se compone de hombres y mujeres, y el género humano se cansa, se agota; no está forjado en hierro. Alemania puede cansarse. Sobre todo, puede perder, aunque sea tan sólo en lo íntimo de su corazón, sin que salga al exterior, la confianza en sí misma. Y la confianza propia es el resorte que nos sostiene en toda ardua empresa. Y también ese resorte se rompe. Esperemos el desenlace, aunque el drama sea de tantas jornadas como es.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
 de **Carlsbad**
 es la única legítima Sal de

SU ALTEZA EL PENSAMIENTO, POR VICENTE DíEZ DE TEJADA, dibujo de J. Basté



... y volviendo la cabeza, hallóse con una vieja agobiada bajo el peso de su carga de leña

Es un atardecer de ensueño.
 Uno de esos momentos solemnes en que la Naturaleza, fatigada, parece reposar, finge dormir abandonándose a un letargo perezoso.
 Descansa el campo, henchido de perfumes, arrullado por los silbos de plata del sapo músico, por el

croar alborotado de la rana vocinglera, por el casca-
 beo sonoro del incansable grillo...
 Descansa el cielo desvaneciéndose en brazos de la Noche, encendiendo las almenaras de su tálamo nupcial.
 Descansa el mar cobijando sus ondas bajo su

manto de plata, nítido espejo en el que la celeste bóveda refleja su belleza augusta.

Descansa el hombre y entrega al blando sueño su cuerpo fatigado, ávido de los besos del beleño reparador.

Descansa el espíritu, aflojando las prisiones de la materia, bañándose en los mares sin fin del espacio infinito...

Y tierra y cielo, cuerpo y alma se abren a las dulzuras de paz de la noche que llega.

Nuestro pensamiento vislumbra los resplandores de lo maravilloso por los resquicios de su cárcel sombría.

«El espíritu de Dios se extiende sobre las aguas.»

* * *

Con un liviano fardel pendiente de los gavilanes de su espada milanese, y con ésta al hombro, libre de las prisiones del tahalí, y a la espalda la carga ligera, avanzaba el apuesto doncel, camino adelante, dando al viento la garzota sujeta a su birrete por un cintillo de alquimia, y al aire la jácara picaresca que

brotaba de su garganta fresca y florecía en sus ardientes labios.

Acababa de tramontar el sol incendiando el horizonte con las tintas de oro y de púrpura de un crepúsculo radioso, y, bañándose en sus arreboles, temblaba en el espacio el claro diamante de Venus.

A espaldas del doncel, la hinchada luna llena, cuajado beso dado al día por la noche, desenredaba sus cabellos de plata prisioneros en la maraña del bosque frontero, y con ello tuvo presto el caminante la compañía de su sombra, que brotaba de sus pies y que ante él se extendía alargada, contrahecha, deformada por las sinuosidades del camino.

Entretenido en su tarea imposible de adelantarse a sí mismo, el viajero alargó el paso y aceleró su marcha.

Al revolver de un recodo de la senda, la sombra se echó a un lado, cual si quisiera no estorbar la contemplación de la maravilla, y ante los ojos, atónitos, del galán, alzóse la maciza fábrica de un castillo ruinoso, roído por los dientes de los siglos y arañado por las uñas de los tiempos; y, blanca como los blancos rayos de la luna, sentada en el alféizar de un gótico ajimez, admiró la esbelta e ingrátida figura de una gentil doncella, ensimismada en profunda meditación, apresando entre el marfil de sus dedos un violado pensamiento de carita de oro, y sonriendo beatífica, cual si un ser invisible estuviese murmurando palabras de amor en sus castos oídos...

Vió con sorpresa el doncel que otra sombra mezclábase y se confundía en tierra con la propia sombra suya; y volviendo la cabeza, hallóse con una vieja que junto a él se detuvo para descansar, agobiada bajo el peso de su carga de leña.

— ¡Dios guarde al señor mancebo!, dijo la vieja al mozo, jadeando.

— ¡Dios guarde a la buena mujer!, contestó el mozo a la vieja.

— ¿De camino va el galán, por suerte suya, y sea ella tan grande como yo se la deseo?

— De camino voy, señora, y rodando por el mundo, que ésa es mi vida.

— Rodeando el mundo voy yo, mi dueño, que ése es mi sino...

— ¿Rodeando el mundo?... Pues ¿quién sois, por ventura, y yo también os la deseo grande?..

— La vieja leñadora soy, a quien una noche de claro plenilunio sorbió la luna, en castigo a haber cortado unas ramas de mirto del bosque sagrado de Diana. En el cándido astro de la noche se me ve desde entonces, encerrada en él como en una esfera de cristal, y de allí descendiendo algunas veces para continuar mi labor de hormiga afanosa, renovando mi haz de leña... Por esto os digo que mientras vos rodáis por el mundo, yo rodeo el mundo...

— ¡Oh, cuántas maravillas veréis y cuál será vuestra sabiduría!

— Desde mi alta atalaya de plata, yo lo veo todo; desde la cumbre de mis muchos años yo lo sé todo.

— Pues, por Dios, buena anciana, que me digáis, ya que es vuestro saber tan grande, quién sea esa divina criatura, moradora de estas ruinas, que de modo tan celestial sonrío...

— Ya os he dicho que yo todo lo sé, mi señor caminante, pues andando con quienes andan, oigo todas las historias que se cuentan por las estrechas veredas y por las anchas calzadas. Esa doncella, suspensión del ánimo y pasmo de los sentidos, que parece formada por el beso de la luz sobre una columna de alabastro, es la Princesa Deseada, encadenada por dulce hechizo a estas ruinas; y hablando está con el Príncipe Enamorado, su fiel y rendido amante, que unge sus oídos con el bálsamo suave de sus frases de amor.

— ¡Vive Dios!, exclamó el mancebo, que no veo al tal amador por parte alguna...

— Ni lo ve nadie, mi señor doncel, contestó la anciana; ni vos ni yo ni la princesa misma... Viva estaba ella aún, y no lo veía ya, y por ello túvosela por loca; mas yo sé que no lo era, la sinventura, pues sé también que él la hablaba y ella le oía, que él la

habla y ella le oye... ¿No conocéis su historia?

— No; y por vuestra vida que me la contéis; que historia de camino será ella, y nosotros de camino vamos.

— Grande será mi gozo complaciéndoos. Escuchadme pues:

«Había, una vez, en este país y moraba en este



Dibujo al carbón, por Ramón Casas. (Galerías Layetanes.)
(De fotografía de F. Serra.)

castillo, una gentilísima princesa, tan codiciada por su virtud y por su hermosura, que dióse en llamarle la Princesita Deseada. De ella, como tantos otros, se prendó un príncipe, y con tanto y tan firme amor, que no más que por el Príncipe Enamorado se le conocía. Era este fervoroso amante hijo de un poderoso monarca de tierras con éstas fronteras, hombre despótico y cruel, orgulloso y vano, que negó, en absoluto, el permiso que solicitaba su hijo para demandar amores a la princesa vecina. Mas como el amor es de suyo voluntarioso y osado, y no se para en barras, el Príncipe Enamorado, protegido por las sombras y por el silencio de la noche, favorecedora y amiga de los amantes, encaminábase a desgranar las perlas de sus quejas de amor al pie del alto ventanal de su adorada...

«Lejos del mundo pasaban las noches los enamorados ¡yo los vi muchas veces! dejando que sus razones revoloteasen por el estrellado azul, cual pintadas mariposas que en raudos giros se persiguen bañadas por los oros del sol; mas ¡ay! que una noche, súbito y de improviso, cayó sobre el príncipe un grupo de bien armados caballeros, servidores del soberbio rey; y, apresándolo con fuertes ligaduras, lleváronselo a presencia del irascible y orgulloso monarca.

«Encerró éste a su hijo en el torreón más alto del alcázar para impedir que a hablar con la princesa tornase, toda vez que se negó a dar palabra de honor de no volver a hacerlo; y allí, asomado al ancho ventanal de su prisión, consumíase en inútiles lamentaciones el príncipe acongojado. Madrina del egregio doncel era un hada poderosa que, movida a piedad, consagróse a protegerlo; y presentándose ante él una noche, le dijo:

» — Para salir y tornar a entrar, tenderé desde tu prisión al puente, recia escala de seda.

«Utilizóla el prisionero y voló a doblar sus hinos ante la belleza sin par de su amada.

Descubierto el ardid, mandó el rey cruzar con féreos barrotes el alto ventanal, con lo que el príncipe hubiera quedado cautivo sin el auxilio del hada, su madrina, quien acudiendo a él le dijo:

» — Para salir y tornar a entrar, te volverás paloma.

«Y dicho y hecho; convirtió a su ahijado en zurita, que, a la noche, volaba a la cárcel de su corazón, y tornaba a la de su cuerpo al rayar la aurora.

«También el rey descubrió la traza; y espesó el enrejado.

» — Para salir y tornar a entrar, dijo entonces el hada al príncipe, te reducirás a mosquito.

«Y transformado en cínife de vibrante trompetilla, iba y venía el enamorado doncel.

«Cayó de igual modo, el rey, en la cuenta, y enteló la verja con una alambra tupida.

» — Para salir y tornar a entrar, te ahilarás hasta convertirme en suspiro.

«Y suspiro fué el príncipe, hasta saberlo el rey su padre, hora en la que cerró el ventanal con transparentes hojas de yeso: que no se conocían aún los vidrios que ahora Venecia fabrica, ni los cristales que Bohemia esmalta y decora.

» — Para salir y tornar a entrar, cabalgarás sobre un rayo de luz...

«Y en forma imprecisa de tenue resplandor salía y entraba el príncipe.

«Nuevamente descubrió el rey la farsa y tapió la ventana a cal y canto.

» — Para salir y tornar a entrar, dijo el hada, socorriendo al príncipe aun en tan apurado trance, te trocaré en armonía.

«Y transformado en canción de amor, atravesaba el amador los muros de su obscuro encierro.

«También dió con ello el rey, y por consejo de los sabios de su corte almohadilló el interior del calabozo de modo tal, que en él se ahogaba el grito más agudo y aun el alarido del más vibrante clarín guerrero...

» — Para salir y tornar a entrar, dijo la madrina a su ahijado, sólo un medio me queda aún.

» — ¡Usadlo pronto, mi protectora buena!, imploró el enamorado galán, que muerto estoy desde que a mi amor no veo.

» — Sólo un medio hay también de atajarlo. Si con él da el rey tu padre, ¡ay de ti, hijo mío!

» — No tembléis por mí, señora; y aunque el medio de ahorrarme sea la misma muerte, dame antes el de poder huir de este encierro, siquiera sea una sola y postrera vez.

» — Como adivino hablas, desdichado, y he aquí mi último recurso... Naça pueden contra él almohadillas ni muros ni alambres; nada rejas ni barras ni encierros... Para salir y tornar a entrar, te sublimarás hasta convertirme en pensamiento: sutil emanación divina de tu frente; y abriendo tus invisibles alas, volarás libre, salvando prisiones y devorando distancias... ¡Y adiós, mi ahijado infeliz; y que los cielos te protejan!..

» — ¡Adiós, mi madrina buena; el cielo os guarde!

«Pensamiento fué el príncipe, y avisado de ello el rey su padre; quien, para dominarlo aún, sorprendió al galán dormido; y por arrancarle de la mente la flor cárdena y áurea del pensar — con oros y livores de relámpago — con ella le quitó la vida, quedándose entre manos con un mustio pensamiento.

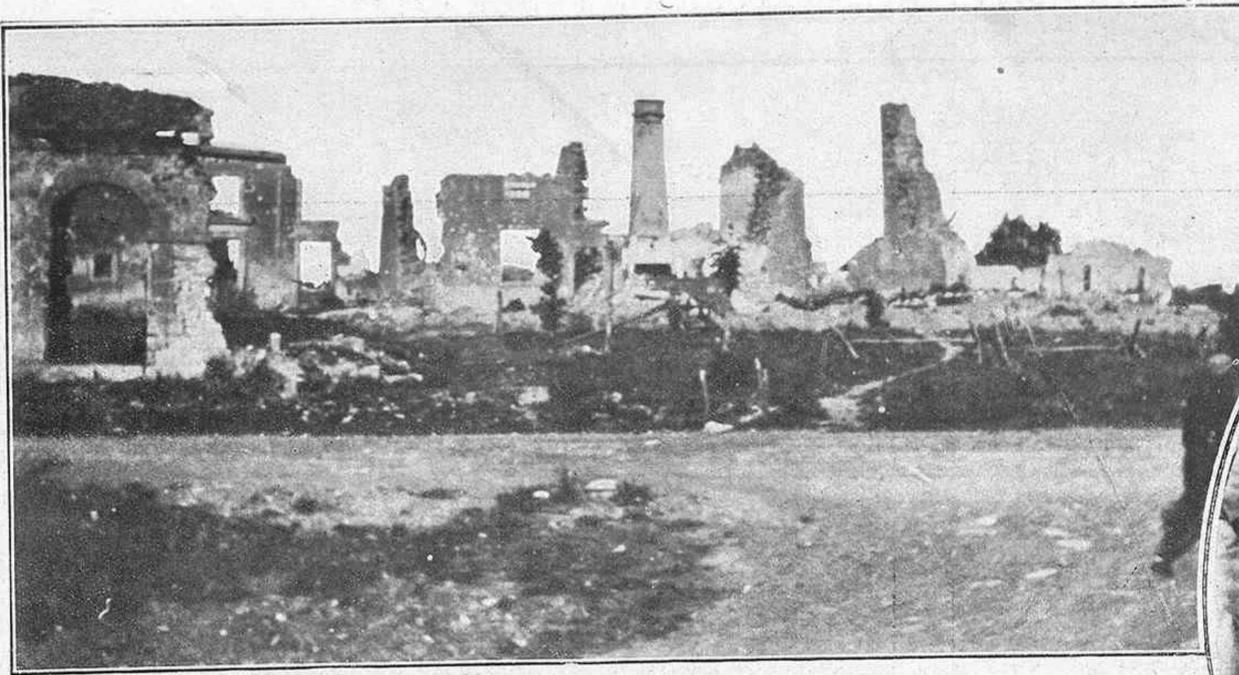
«Allí murió el príncipe infeliz; y su espíritu libre rondaba constantemente en torno a la Princesa Deseada, acariciando sus oídos con ardientes palabras de amor; y como ella dió en saborearlas y en reirlas con sonrisa ideal de bienaventurado, dieron los suyos en tenerla por loca; y loca desapareció del castillo y aun del mundo, en pos de los ecos del amador invisible, y aquí viene, como veis, al ventanal de su antigua estancia, a escuchar aún las dulces promesas de su rendido amante: del Príncipe Enamorado, que, convertido en pensamiento, florece en el alféizar de su amada, besado por la luna...»



Cuadros que figuran en la exposición. (De fotografías de F. Serra.)

LA GUERRA EUROPEA

(Fotografías de Branger.)



En las inmediaciones de Verdún. — Reciente fotografía de Hennemont, pueblo situado cerca de Fresnes-en-Woevre y que ha sido destruído por los proyectiles de la artillería alemana

Teatro de la guerra de Occidente. — Continúa concentrado el interés de la lucha en las operaciones que se desarrollan en la región de Verdún, en donde los alemanes atacan con singular denudedo y los franceses oponen una resistencia no menos denodada. La artillería en ambos campos funciona con gran vio-

han rechazado un ataque inglés al Nordeste de Iprés, contra las posiciones al Sur de Saint-Souplet y al Oeste de la carretera de Somme-Py a Souain (Champaña), y han recobrado una posición que les habían tomado los ingleses al Nordeste de Vermelles, al Sur del canal de La Bassée.

Teatro de la guerra de Oriente. —

Los rusos han invadido algunas trincheras alemanas en un sector del frente de Riga, han continuado con éxito sus operaciones contra los puestos enemigos en la región del Strypa, tomando una trinchera y rechazando un contraataque y un intento de los austriacos para aproximarse al pueblo de Ingefovka, han tenido encuentros afortunados al Sur del Pripet y en Galizia, y han rechazado una ofensiva cerca de la aldea de Medziary, al Sur de Tveretetz.

Los austroalemanes han rechazado varias tentativas de avance en la frontera de Besarabia y en la línea del Dniéster, y varios ataques a ambos lados de Postavy, entre los lagos Drisviaty y Naroch, y han avanzado en la región de Widsy rechazando a algunos destacamentos enemigos que trataban de mantenerse delante de su frente; en cambio se han visto obligados a evacuar las trincheras de Uczesko.

Noticias particulares de Petrogrado dicen que siguen efectuándose ordenadamente los aprovisionamientos de toda clase para el ejército, y *El Inválido Ruso* habla del movimiento de avance que se producirá en cuanto llegue el buen tiempo, añadiendo que esta vez no ocurrirá lo sucedido anteriormente, pues los rusos les sobran fusiles y municiones. Y de Bucarest comunican que se nota gran movimiento de tropas rusas en la Besarabia meridional; que por el Danubio han sido transportados para este objeto dos regimientos de infantería y varios de caballería con numeroso material de guerra.

El diario ruso *Rushoié Slovo* ha publicado un telegrama asegurando que detrás del Dniéster los alemanes hacen grandes preparativos técnicos para atacar dentro de poco la línea defensiva rusa; que en el corazón

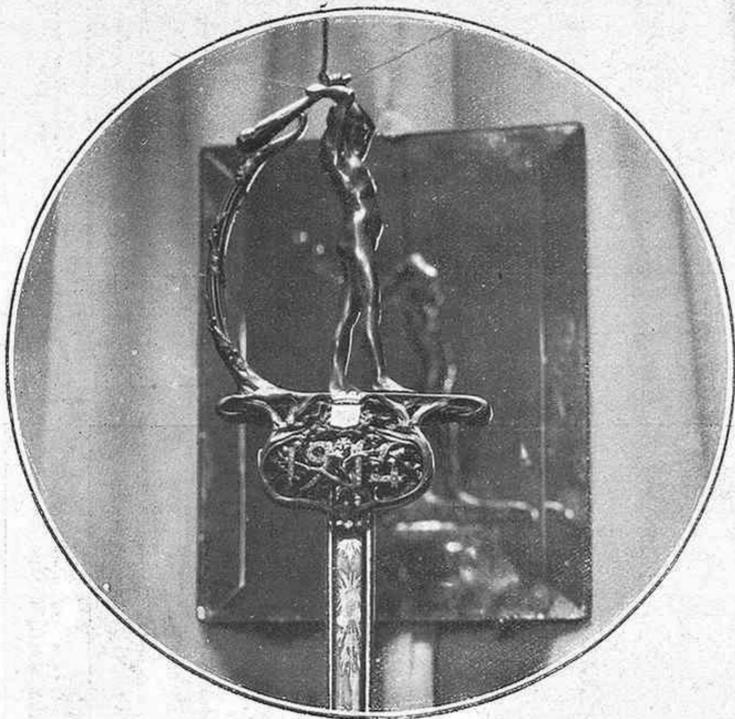


En las inmediaciones de Verdún. — Puesto de telegrafía sin hilos instalado en un bosque

de Curlandia, hacia la región de Chavli, se están acumulando reservas de hombres, cañones y municiones que en cualquier momento podrán ser enviados adonde se considere necesario; y que los alemanes consagran casi todos sus esfuerzos a construir nuevas carreteras y arreglar las antiguas, y preparan los caminos para el transporte de la artillería gruesa. Termina diciendo el mencionado telegrama que todo hace esperar una acción terrible de la artillería.

Italianos y austriacos. — Los italianos han realizado felices ataques en el frente del Isonzo, especialmente en la falda del monte Sabatino entre San Michele y San Martino y al Sur de Monfalcone; han rechazado ataques en la zona del Rombon, y en la altura que domina Luvinico, al Sudeste de San Martino; han tenido encuentros favorables en el valle Lagarina, en el alto Astina y en el valle Sugana; han rechazado, en el Carso, los intentos del enemigo para reconquistar las posiciones perdidas, y al Sudeste de Roveretto, algunos ataques; en la zona de Tofana, han ocupado la posición de Forcella Fontana Nera, entre la primera y la segunda cúspide del macizo montañoso, a 2.588 metros de altitud; en el alto Dozna, han conquistado la posición de Gelbolando, al Norte de Montasio; y en la zona de Tolmino han perdido algunos elementos de sus avanzadas.

Los austriacos hablan de grandes combates en el Isonzo, en los que los italianos han sido rechazados en todas partes; dicen haber rechazado ataques en la región de Plava, contra la cabeza de puente de Gorizia, en la alta planicie de Doberdo, contra las posiciones de Podgora y en la pendiente Norte del monte de San Michele, y haber conquistado una posición en la cabeza de puente de Tolmino.



Espada de honor ofrecida por la ciudad de París al valeroso rey Alberto I de Bélgica

lencia y los combates de infantería, aunque no tan encarnizados como los de los últimos días de febrero, son frecuentes y empeñados.

He aquí ahora los hechos más importantes últimamente ocurridos, según se desprende de los partes oficiales.

Los franceses han rechazado ataques en el sector de Bethincourt, en donde los alemanes sólo consiguieron poner el pie en dos puntos de las trincheras entre Bethincourt y Mort-Homme; han recuperado parte de las trincheras de la cota 265; han rechazado un fuerte ataque contra las posiciones de Mort-Homme, impidiendo que los alemanes ocupasen ningún punto de la cota 295, que es la que realmente constituye aquella posición, y obligándolos a replegarse hacia el bosque de los Cuervos; han rechazado asimismo varios ataques contra los bosques y el pueblo de Vaux, contra los bosques situados al Sur de la granja de Harcourt, contra el frente Vaux-Damloup, contra las posiciones de la cota de Poivre, y contra las posiciones de Avoncourt y Malancourt, en donde los alemanes sólo han podido progresar muy ligeramente en la parte Este del bosque de Malancourt.

Los alemanes han adelantado sus posiciones al Oeste del bosque de los Cuervos y han rechazado los intentos de los franceses para recuperar la altura de Mort-Homme y las posiciones en los bosques al Nordeste de la misma, así como varios ataques contra las posiciones de la mencionada altura y contra la aldea de Vaux.

De estas noticias se deduce que los alemanes aseguran haberse apoderado de la importante posición de Mort-Homme, cosa que niegan los franceses. Esta contradicción puede ser debida a que los primeros dicen que esta posición la constituye la cota 265, que ellos ocupan; al paso que los segundos sostienen que la altura de Mort-Homme es la que tiene la cota 295 en el mapa del Estado Mayor francés y que los alemanes no han ocupado nunca.

En los demás puntos del frente, los ingleses han realizado con éxito una incursión al Sur de Verlorenhoek; los franceses han ocupado una trinchera al Sur de Saint-Souplet (Champaña) y han rechazado ataques al Norte del Aisne contra un pequeño puesto al Sur del bosque des Pattes, y en Lorena contra unas posiciones de la región de Thionville; y los alemanes



Los refugiados de la región de Verdún en París. — Al llegar a la capital de Francia los habitantes de Verdún que han tenido que evacuar aquella ciudad ante el peligro de los bombardeos alemanes, acuden a una oficina especial en donde son inscritos en un registro;



En el frente francés. - Cabaña de un oficial superior construída en las trincheras y a la que los soldados han puesto el título de «Palacio del Gobernador»
(De fotografía de Carlos Trampus.)



En Salónica. - Hornos de pan cocer del ejército expedicionario inglés. Casi todos los soldados encargados del servicio de estos hornos eran antes de la guerra panaderos de oficio
(De fotografía de Carlos Trampus.)

BARCELONA. GALERÍES LAYETANES. - EXPOSICIÓN RAMÓN CASAS



VIOLETTE, cuadro de Ramón Casas

(De fotografía de F. Serra.)



LUZ, cuadro de Ramón Casas

(De fotografía de F. Seira.)

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

S. M. la Reina Victoria en el taller de encajes. - Uno de estos últimos días nuestra augusta Soberana visitó el taller de



Madrid. Visita de S. M. la Reina Doña Victoria al taller de encajes del grupo escolar de la calle de Bailén. - La Reina (1), acompañada de las condesas de Pardo Bazán (2) y de San Rafael (3), visitando una de las salas.

encajes que la condesa de San Rafael fundó hace poco más de un año y que se halla instalado en el edificio del grupo escolar de la calle de Bailén.

Su Majestad, a quien acompañaba la duquesa de San Carlos, fué recibida por el ministro de Instrucción Pública señor Burell, el comisario regio de primera enseñanza Sr. Ortega y Gasset, la presidenta de la Junta condesa de Pardo Bazán, la condesa de San Rafael y las demás señoras pertenecientes al Patronato, y comenzó visitando el salón en donde se hallan expuestos los encajes últimamente hechos, examinándolos todos atentamente y teniendo frases de gran elogio para tan admirable labor. La condesa de Pardo Bazán fué explicando a la Reina todos los detalles relacionados con la confección de los encajes, que hoy constituyen un motivo de legítimo orgullo para la industria nacional.

Vió después la Reina un valioso manto, valorado en 30.000 pesetas, confeccionado por treinta señoras de Córdoba para la Virgen de los Dolores que se venera en la iglesia de este nombre de aquella ciudad. Este manto es de un punto especial inventado por D.^a Rosario Díaz de Agulló, quien ha sacado patente de invención del mismo que en lo sucesivo, merced a la autorización de S. M. se denominará «punto Reina Victoria». El encaje es de hilo de oro y plata y sólo los materiales que se han empleado en el manto han costado 12.000 pesetas.

Su Majestad tributó a la obra grandes alabanzas y felicitó por ella a la comisión de damas cordobesas que la ha llevado a Madrid y cuya presidenta ofreció a la Soberana un hermoso encaje hecho en la misma forma que el manto, que S. M. agradeció mucho.

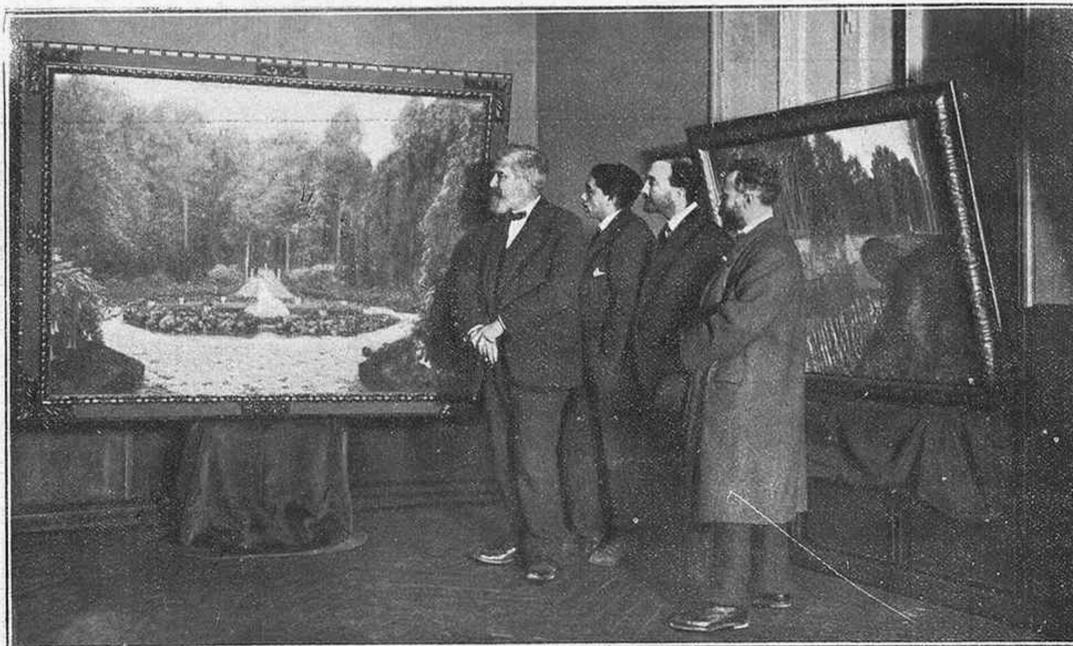
Terminada la visita del taller de enca-

jes, la Reina pasó al pabellón de las Escuelas del grupo escolar, en donde fué recibida por los niños que allí reciben educación, con varios de los cuales habló cariñosamente.

En el taller de encajes trabajan actualmente cincuenta y seis obreras dirigidas por la profesora D.^a Concepción J. Nonidez y en él se hacen toda clase de encajes, lo mismo los llamados Valenciennes, Chantilly, Bruselas, ruso y Milán, que el español clásico, lográndose en todos ellos un grado de perfección que en algunas obras supera a los que como modelo se reciben del extranjero.

Era una dama de trato afable y cariñosa, dotada de alta inteligencia y poco aficionada a frecuentar la sociedad. Su vida consagróse casi por entero a las obras de beneficencia, en las que empleaba una gran parte de su fortuna cuantiosísima, que se estima en unos sesenta millones de pesetas. Practicaba la caridad con verdadera largueza, y espíritu eminentemente cristiano, sin ostentación y con una modestia llevada al extremo.

En Guadalajara había construído a sus expensas un asilo para obreros pobres de la provincia y unas escuelas modelo en



Madrid. - El ilustre pintor Santiago Rusiñol con varios amigos en el acto inaugural de la exposición de sus obras en el Salón Vilches. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Exposición Santiago Rusiñol. - En el Salón Vilches ha inaugurado una exposición de sus obras nuestro paisano, el ilustre pintor Santiago Rusiñol. Tratándose de un artista como éste, que tan merecidamente ocupa uno de los primeros puestos en el arte pictórico de nuestra patria, casi huelga decir que su actual exposición constituye para él un nuevo triunfo y que los aficionados e inteligentes de la corte acuden en gran número al Salón Vilches para admirar una vez más sus hermosos lienzos.

GUADALAJARA

ENTIERRO DE LA DUQUESA DE SEVILLANO

En Burdeos, en donde se hallaba accidentalmente, ha fallecido la duquesa de Sevillano, que había nacido en Madrid el 16 de junio de 1852 y estaba emparentada con las más linajudas familias de la aristocracia española.

su género, y en Madrid había fundado y sostenía espléndidamente varios establecimientos de enseñanza y beneficencia; y lo mismo en Madrid que en otras ciudades de provincias son numerosos los hospitales yasilos por ella abundantemente socorridos. Aparte de esto, son innumerables las familias pobres a quienes prodigaba sus auxilios.

Compréndese, pues, el sentimiento profundo que su muerte ha causado entre las clases pobres, que tenían en ella un valioso amparo.

El cadáver de la duquesa fué conducido a Madrid, acompañándolo desde Burdeos el apoderado general de la casa senador D. Luis Bahía, el abogado D. Cesar de la Mora y varios servidores de la familia; y desde Madrid fué trasladado a Guadalajara, en donde se efectuó el entierro, que constituyó una imponente manifestación de duelo.

Descendido el féretro del vagón y colocado en una magnífica carroza tirada por ocho caballos, se organizó la comitiva, abriendo la marcha la guardia civil y siguiendo las cruces parroquiales, varias carrozas con innumerables coronas, los niños de la beneficencia, cien servidores de la casa con hachas encendidas, las corporaciones oficiales, la Capilla Isidoriana, la banda provincial y la carroza fúnebre.

Después de rezado un responso en la capilla de la ilustre dama, el cadáver recibió cristiana sepultura en el soberbio panteón erigido en las afueras de Guadalajara. Durante el entierro, todos los comercios, oficinas y centros cerraron sus puertas en señal de duelo.



Guadalajara. - Entierro de la duquesa de Sevillano. - D. Antonio Maura en la presidencia del duelo rodeado del público en las calles de Guadalajara. - Paso del entierro por el puente sobre el Henares. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

La joven quedóse inmóvil y le siguió con la vista hasta que desapareció por el portal.

Había estado injusta con él, y lo que era peor, le había mortificado repetidas veces desde el punto de vista falso en que ella se había colocado... Y ahora le pesaba...

Realmente su tío amaba a aquella fría y emperifollada Eloísa, que era el verdadero reverso de la medalla de la graciosa libélula que un día revoloteaba por encima de las enredaderas. ¡Parecía mentira! Pero tía Sofía tenía razón cuando decía que el amor es ciego, refiriéndose a un hombre que, en otro tiempo, llegó a enamorarse verdaderamente de ella, cosa que calificaba de «milagro estupendo».

Con la frente baja, en actitud pensativa, encaminóse Margarita a la puerta de la casa... En el césped, junto a la fuente, estaba una mano de la ninfa; la joven la cogió y al contemplar su forma característica, hubo de recordar las diversas hipótesis formuladas por el viejo pintor sobre la antigua estatua. Pero sólo un momento la distrajo esta idea; en seguida volvió a entornar sus ojos y como perdida en sueños subió la escalinata...

El problema más interesante seguía siendo para ella... el alma humana.

XV

Se llenó poco después el patio de obreros que procedieron a los trabajos de desescombro y el estrépito que con ello se armó, ahuyentó a Margarita de su tranquilo cuarto y la obligó a refugiarse en la salita.

Allí, sentada, como en otro tiempo, junto a la ventana y delante de una mesa, mojaba la pluma en el gran tintero de porcelana, que, en lejanos días, fué culpable de tantas manchas como ensuciaron sus cuadernos y hasta sus delantales siendo niña. Quería escribir a su tío de Berlín, pero no acertaba a coordinar sus ideas que se le escapaban ante la angustia que sentía desde la noche anterior.

«Mañana habrá ahí arriba otra tempestad tan horrible como esta que hace retremblar los cimientos de nuestra vieja casa», había dicho su padre señalando al piso superior en donde vivían la señora consejera y Herberto.

¿Qué sucedería? Era para ella un enigma. Entre su padre y su abuela y su tío parecía reinar la mayor armonía; no se notaba ni el más leve indicio de un conflicto entre ellos, y sin embargo habría algunas diferencias de orden íntimo que habían llegado a ser intolerables para el jefe de la casa de Lamprecht puesto que éste estaba resuelto a «poner término, a todo trance, a aquel estado de cosas...»

Afuera, en la calle, no había más silencio y tranquilidad que en el patio. Era día de mercado y las discusiones entre compradores y vendedores confundíanse con el ruido de los carros cargados de madera y de grano.

Por la plaza cruzaron luego los niños cantores de las escuelas que formaban el coro reclutado entre los alumnos de los principales centros de enseñanza, pues la ciudad de B... era una de las pocas ciudades de Turingia que conserva esta antigua costumbre instituída por una orden de frailes mendicantes.

Aquellos muchachos, envueltos en sus negras capas y tocados con boinas negras, aparecieron en la plaza como una bandada de cornejas. Tía Sofía, llevada de sus buenos sentimientos, venía costeando, desde hacía años, la comida a dos de aquellos estudiantes, de familias pobres.

Delante de la farmacia cantaron un coral y en seguida, formando ancho círculo delante de la casa de Lamprecht, entonaron el canto «Así está dispuesto en los designios de Dios».

Preciso es confesar que cantaban bastante mal y que en sus notas faltaban el alma y la expresión que sólo la edad y el estudio enseñan; mas a pesar de esto aquellos cantos conmovieron de un modo extraño a Margarita. El terror experimentado la vispe-

ra, la tempestad de la noche y la tensión de ánimo en que, en aquel momento, se hallaba, eran causas de ello; sentíase realmente algo nerviosa.



... y, soltando suavemente la mano de Margarita, partió

En esto entró en la salita tía Sofía; inspeccionó la mesa dispuesta para la comida y ahuyentó las moscas que volaban en torno de una fuente de fruta.

— Mal deben andar las cosas por la fábrica cuando tu padre no ha venido todavía, dijo a Margarita. Bárbara refunfuña en la cocina y se lamenta por sus pastelillos, que con tanto rato de esperar se van secando.

Miró por la ventana hacia la plaza, en donde ya se habían dispersado los escolares, y en la cual no se veía aún aparecer al Sr. Lamprecht, y luego dijo dirigiéndose a Margarita:

— Podías, entretanto, subir arriba; el cerrajero está arreglando la puerta del desván y me temo que haga algún estropicio con los retratos que hay puestos en el suelo y arrimados a la pared.

Margarita subió a la galería del primer piso y pasando por delante de los retratos, pudo ver que los maderos con que se había atrancado la puerta del desván habían sido separados y que aquella estaba abierta como la noche antes. El cerrajero arreglaba los goznes desprendidos y en el desván, cuyas tejas había arrancado la tormenta, trabajaban algunos carpinteros.

La joven entró en aquella pieza, cuyo pavimento de madera crujía bajo sus pies y el armazón de cuyo tejado recortábase sobre el cielo azul. El claro sol de octubre caía ahora sobre las pisadas de que hablara su padre la noche antes...

Margarita movió la cabeza con gesto de incredulidad; sobre aquellas planchas toscas y mal unidas no se había apoyado ningún pie elegantemente calzado; a lo sumo los claveteados zapatos de los obreros que allí trabajaron en otro tiempo...

Todas las casas antiguas tienen ciertamente sus misterios y los seres dotados de doble vista ven brillar los ojos de los espíritus domésticos al través de las capas de polvo y de telarañas y sus oídos perciben los murmullos de todo aquello que huye de la luz.

Pero ¿por qué precisamente en aquel sitio, que en otro tiempo fué vulgar depósito de mercancías,

había la tormenta sacado a la luz un misterioso enigma?

Margarita lo comprendió aún menos entonces bajo aquel firmamento sereno, que en la pasada noche, cuando su padre se había expresado en términos tan incomprensibles para ella.

Soplaba allí arriba un viento bastante fuerte que agitaba los cabellos de Margarita; ésta sacóse del bolsillo una toquilla de encajes negros y atándose a la cabeza, disponíase a recorrer los varios departamentos del desván, cuando la hizo detenerse una gritería de mujeres que salía de la ventana de la cocina...

No se veía a nadie asomado a las ventanas de la casa, pero en aquel mismo momento precipitóse el cochero en el patio y entró apresuradamente en la caballeriza, seguido de otros hombres que corrían como él y que no formaban parte de la servidumbre. Los obreros abandonaron su trabajo saltando por encima de los montones de escombros y en un instante formóse en el centro del patio un numeroso grupo en torno de un labriego que parecía casi sin aliento y hablaba en voz tan baja como si temiera que el eco de sus palabras pudiese llegar al interior de la casa.

De pronto un aprendiz de los carpinteros que venía de abajo exclamó con acento de gran emoción, al llegar junto a la puerta del desván:

— Lo han encontrado detrás del bosquecillo de Dambach; su caballo estaba atado a un árbol y él yacía inmóvil en el suelo. Las mujeres que venían al mercado creyeron que dormía. Al fin lo han llevado a la fábrica. ¡Un hombre tan rico, con tantos trabajadores a sus órdenes, con cochero y criados, verse tan solo en!..

El muchacho se interrumpió asustado al ver pasar por delante de él a Margarita con el rostro demudado, los ojos fuera de las órbitas y los brazos colgando.

La joven ni siquiera se atrevió a preguntar «¿Ha muerto?» Sus pálidos labios estaban cerrados por una contracción espasmódica. Silenciosamente se deslizó por el pasadizo y la galería, hajo la escalera y por la puerta principal salió a la calle.

Y con paso precipitado, por los apartados y solitarios callejones, anduvo de nuevo el mismo camino que en otro tiempo resonara impulsada por el miedo al colegio... Pero ni un recuerdo tuvo entonces para aquella aventura; la naturaleza tampoco le recordaba nada, pues no atravesaba trigales mecidos por el aire y tostados por el ardiente sol de julio, como en aquella ocasión, sino campos de cáñamo de los cuales salían bandadas de cuervos.

No oía los estridentes graznidos de aquellas aves, único ruido que animaba el silencio sepulcral del paisaje; pareciale oír tan sólo a su lado y detrás de ella el coro de los escolares cantando: «Así está dispuesto en los designios de Dios...»

Luego se detuvo unos segundos, cerrando los ojos y tapándose fuertemente con las manos los oídos. ¡No, la catástrofe no se había consumado! Un hombre de constitución férrea que respiraba salud y vigor por todos sus poros, no podía sucumbir como la frágil espiga que el más leve golpe de hoz siega.

Y la negra mano de la muerte no podía destruir en un momento grandes y nobles resoluciones, ni cerrar para siempre unos labios antes de que pronunciaran palabras de inmensa trascendencia...

En veloz carrera cruzó la desierta llanura y salvó la colina, haciendo cruzir con sus pisadas las hojas que la tormenta de la noche había amontonado sobre la senda que se extendía detrás del bosquecillo. Y por más que corría pareciale que aun corría poco para librarse del indecible tormento que padecía; para ver con sus propios ojos que el accidente sufrido por su padre había sido simplemente un vértigo del que ya se hallaba repuesto; que todo volvía a estar como antes; que la voz querida le hablaba como

siempre; que los ojos amados como siempre le miraban y, en una palabra, que aquella hora terrible no había sido otra cosa que una cruel pesadilla.

Pero de uero resonaban en su oído las palabras del aprendiz: «Lo han encontrado detrás del bosquecillo de Dambach»; y entonces sus pies se negaban a seguir andando y se desvanecía la ilusión, para su corazón tan grata, de que todo había sido una pesadilla... ¡Sí, allí había sido; allí donde crecen mezclados abedules y hayas! ¡Allí aparecía el suelo cubier-



Allí, sentada junto a la ventana...

to de pisadas, como si en aquel sitio se hubiese sostenido una lucha; de allí habían sido arrancadas grandes ramas, sin duda para ensanchar el espacio en donde mucha gente se movía.

Margarita sintióse desfallecer y cuando al fin hubo pasado el bosquecillo y las primeras casas de la aldea y divisó, a un tiro de piedra, los edificios de la fábrica, dobláronse sus rodillas y tuvo que apoyarse en uno de los tilos que, delante de la puerta de aquélla, sombreaban el lugar en donde descansaban y se solzaban los obreros.

En el patio de la fábrica había numerosos grupos; pero no se oía ni una voz. No se oían más que las pisadas de un caballo; era el de Herberto, quien, en el momento mismo en que Margarita llegó a los tilos, salía del jardín y entraba en el patio. Segundos después, deteníase delante de la puerta un carruaje en el que la joven distinguió, como al través de una niebla, cintas y plumas agitadas por el aire. En aquel coche iban las señoras del palacio del príncipe.

— ¡Por Dios, tranquilícese usted!, dijo la baronesa de Taubeneck dirigiéndose a Herberto, que, pálido como un cadáver, se acercó al coche y saludó a las recién llegadas. Pero ¡qué semblante tiene usted! ¿Conque es cierta la espantosa, la increíble desgracia que me ha participado el alcalde de Hermsleben, a quien acabo de encontrar?

— ¿Vive, verdad que vive, tío Herberto?, exclamó junto al consejero una voz suplicante, ahogada por el dolor, mientras unos dedos que abrasaban oprimían su mano.

— ¡Por Dios, Margarita!, murmuró Herberto aterrado al ver a su sobrina.

Las damas del coche se inclinaron y clavaron sus miradas en la joven que, cubierta de polvo, vestida con un sencillo traje de mañana y tocada con una negra toquilla, más que la hija del rico comerciante parecía una criada.

— ¿Cómo? ¿Esta es la señorita Lamprecht, su sobrina de usted, mi querido consejero?, preguntó la baronesa con acento de incredulidad, pero también con aquella curiosidad que en ciertas personas se sobrepone a todo otro sentimiento, aun en las ocasiones más tristes.

Herberto no contestó, y Margarita no miró siquiera a la ilustre futura suegra de su tío. ¡Qué le importaban en aquel momento terrible las relaciones que pudieran existir entre aquellas tres personas!.. Presa de indecible angustia, tenía clavados sus ojos en el desencajado semblante de Herberto.

— ¡Margarita!, exclamó éste.

No dijo más, pero el tono de tormento interno con que pronunció aquel nombre lo decía todo.

La joven se estremeció y soltando la mano de Herberto, que aun tenía fuertemente cogida con la suya, atravesó el patio y se encaminó al pabellón. Antes de entrar en éste, todavía pudo oír la voz clara y fría de la bella Eloísa que decía con acento compasivo:

— Parece muy desconsolada; y bien se ve que ha perdido totalmente la cabeza; de lo contrario ¿cómo habría podido pasar por las calles de la ciudad en ese traje desordenado?

En el vestíbulo del pabellón estaban dos médicos

que habían sido llamados a toda prisa, y la mujer del contra maestre, anegada en llanto.

Margarita oyó palabras dichas a media voz que se referían a un ataque cerebral y a una muerte bella y digna de envidia; pero sin levantar los ojos pasó por delante de aquellas personas y entró en la estancia en donde solía descansar su padre.

Sí, allí estaba tendido en un sofá, descansando ahora eternamente: su hermoso rostro, cubierto de mortal palidez, destacábase sobre los encarnados almohadones; parecía tranquilamente dormido, y hubiérase dicho que la mano que le había arrebatado la vida, había borrado también los oscuros enigmas que ensombrecían su frente. Junto a él estaba sentado el abuelo, con su blanca cabeza hundida entre sus manos.

El anciano levantó los ojos cuando su nieta, en silencioso dolor, se dejó caer de rodillas al lado del sofá.

A él no le sorprendió verla llegar a pie y en aquel «traje desordenado»; la conocía demasiado para extrañarse de ello.

Sin decir una palabra la atrajo suavemente hacia sí, y entonces, sobre su pecho y entre sus brazos, Margarita sintió al fin acudir a sus ojos torrentes de bienhechoras lágrimas.

XVI

En la galería, entre la puerta del gran salón y la ventana que enfrente de ella se abría, eran, por tradición solemnemente expuestos los cadáveres de los que en vida habían llevado el nombre de Lamprecht, antes de ser conducidos al panteón de la familia.

Allí había estado la malvada Judit, cuyo rostro, siempre colérico, tenía, después de muerta, una expresión sonriente; había luchado desesperadamente con la muerte, pero después de arrancar a su esposo el juramento de fidelidad eterna, había abandonado la lucha y se había entregado satisfecha al eterno descanso.

Allí, bajo las floridas plantas exóticas que rodeaban el ataúd con adornos de plata de la rica dama, había visto Justo Lamprecht por vez primera a la hermosa Dorotea, huérfana de un corresponsal suyo, que, al morir, le había nombrado en testamento tutor de su hija.

Una tarde habíase detenido un coche delante de la puerta de los Lamprecht; en él iba Dorotea, la cual, en vista de que nadie salía a recibirla ni le hacía ningún caso y de que una multitud enorme subía por la escalera de la casa, espléndidamente iluminada, bajó del carruaje y siguió el mismo camino de aquellas gentes hasta que, llena de espanto, se encontró delante del cadáver de la señora Judit. Tal fué su primera entrada en la mansión del que más tarde debía ser su marido.

El vulgo dijo entonces, y decía aún, que aquello era de muy mal agüero y que por ello debía suceder lo que algún tiempo después sucedió; es decir, que al cabo de unos pocos años, la propia Dorotea yacía en aquel mismo sitio, dentro del ataúd como una hermosa imagen de cera, con su angelito, también muerto en brazos, cubierta enteramente de preciosas flores que los rigores del invierno obligaron a traer de lejanas tierras, y vestida con un traje de seda blanca que, desbordándose de la caja mortuoria, cubría un buen espacio del pavimento como una capa de nieve.

Posteriormente allí habían sido expuestos varios individuos de la familia: padres e hijos, madres e hijas, todos habían descansado en aquel lugar y no solamente personas viejas, cansadas de la vida sino también de cuando en cuando hombres y mujeres en la flor de su juventud. Pero nunca había la galería albergado ningún cadáver como el del Lamprecht últimamente fallecido; así lo afirmaban las viejas comadres que en medio del tropel de curiosos habían subido penosamente la escalera y que, en su larga vida, ni una sola vez habían dejado de acudir a aquella casa cuando había habido desfile mortuorio.

Y tenían razón las comadres: aquel hombre, muerto en la plenitud de su fuerza y de su energía, parecía dispuesto a saltar asombrado del extraño lecho en que yacía, a sacudirse las flores que le cubrían, a despertar sus dormidos miembros y a clavar con expresión irónica sus ardientes ojos en los curiosos que le rodeaban.

Y también tenían razón los hombres que entre sí hablaban en voz baja cuando decían que con él había caído la última columna poderosa que sostenía la casa. ¿Qué sería ahora de ésta? Aquel joven flaco, pálido, larguirucho, desgarbado que se paseaba como una sombra de un lado a otro, ofrecía un contraste

tan lamentable con el difunto que era imposible contar con él.

Habíase temido que el espanto producido por la repentina catástrofe, hubiera sido para él de funestas consecuencias; pero en realidad no se había espantado; más bien se había quedado sorprendido y consternado y había pasado las primeras veinticuatro horas como si estuviera soñando. Después, habíase mostrado más frío que nunca con sus empleados y al verle de aquel temple nadie se admiró de que, al siguiente día, ocupase el sillón que en el escritorio había dejado vacante el difunto.

Las solemnidades funerarias habían terminado; la mayoría de los que acudieran a la casa se habían marchado, y sólo quedaban algunos individuos sueltos que no se cansaban de contemplar por última vez tanta pompa y tanta magnificencia.

Los personajes más ilustres que habían asistido al acto de la bendición del cadáver, tales como el clero, las damas del palacio del príncipe, el ayudante del duque que llevaba la representación de éste, y los amigos más íntimos de la casa, permanecían aún en el salón, en donde estaba también reunida la familia del muerto.

Sólo faltaba la hija de éste; Margarita habíase retirado detrás de las negras colgaduras que cubrían la ventana central, como el animal herido se oculta en un rincón donde nadie lo vea.

¿Tenía razón de ser aquel ceremonial, aquella exposición cruel del cadáver y aquella ostentación del duelo doloroso de los sobrevivientes? Allí, en aquel lugar, en donde creía oír las últimas vibraciones del acorde de una vida humana repentinamente destruída; en donde le parecía que revoloteaba aún el alma de su padre como si se resistiera a abandonar su hogar terreno; allí los tapiceros habían estado dando martillazos, mientras continuamente subían por la escalera hombres con parihuelas cargadas de plantas y flores.

¿Era tan necesario que una multitud de gentes extrañas se agrupasen en torno del ataúd, mientras los sacerdotes rezaban las conmovedoras preces de los difuntos? No sería necesario tal vez, pero cuanto mayor y más lucida concurrencia, tanto más honor para la familia.



En veloz carrera cruzó la desierta llanura y salvó la colina...

A cada carruaje que se detenía delante de la puerta, parecía agrandarse la figura de la abuela que hacía los honores... ¡Y qué de frases vulgares corrían de boca en boca!

Una persona extraña que de pronto hubiese entrado allí habría creído que el difunto había sido en vida un pobre hombre, un desgraciado bajo todos conceptos, desde el momento en que casi se le consideraba feliz porque descansaba el sueño eterno y había sido llamado de este mundo al otro.

«¡Él es dichoso!», exclamaban todos variando las palabras aunque no el concepto. Pero los que tal decían ignoraban que, precisamente en las últimas horas de su vida, una misión misteriosa había ocupado enteramente el pensamiento y la voluntad del difunto y que un impulso irresistible le había movido a llevarla a cabo.

El Sr. Lamprecht no podía sospechar siquiera, al salir por última vez de su casa, que con él cabalgaba la muerte.

En Dambach, su calma había contrastado con la inquietud de la gente de la fábrica preocupada por los destrozos causados por la tempestad; había examinado detenidamente los daños que el edificio había sufrido y dado las órdenes oportunas para repararlos, y luego había emprendido el regreso a su casa.

Entonces le había sorprendido la muerte: sintiéndose presa de un vértigo, había bajado del caballo y tenido energía suficiente para atar al fogoso animal a un árbol y tenderse sobre el blando suelo de césped cubierto de hojarasca.

¿Quién podía saber el terror que el sentimiento de una muerte repentina engendrara detrás de aquella frente ahora serena y fría? Morir sin haber realizado aquella misión, sin haber «puesto término a aquello que debía tenerlo y lo tendría ¿no justificaba la sinrazón de aquel «¡Él es dichoso!» que por toda oración fúnebre pronunciaban los indiferentes?

Los últimos curiosos habían abandonado la galería, y era tan profundo el silencio que en ésta reinaba, que por encima del murmullo de las voces apagadas que del salón salían habría podido oírse el chisporroteo de los cirios que se consumían...

De pronto, del fondo oscuro de la galería salió el pintor Lenz que seguramente había estado en aquel sitio durante la ceremonia, sin que nadie advirtiese su presencia.

El anciano no iba solo; acompañábale su nieto que, por indicación suya, dirigióse hacia el catafalco cubierto de paños negros sobre el cual descansaba el ataúd.

Disponíase el niño a subir el primer escalón, cuando salió del salón Reinoldo, disparado y como loco.

— ¡Eh, niño! ¡Aquí no puedes subir!, gritó casi sin aliento, con voz apagada, pero visiblemente colérico y tirando del brazo al muchacho para apartarlo del catafalco.

— Señor, permita usted que mi nieto bese la mano que..., dijo el pintor con acento suplicante y sin terminar la frase.

— No, Lenz, eso no está bien, replicó Reinoldo secamente; ya podía usted haberlo comprendido. ¿Adónde iríamos a parar si todos nuestros trabajadores nos viniesen con esta misma pretensión de usted? Y habrá de convenir usted conmigo en que su nieto no tiene más derecho que los hijos de los demás obreros.

— No, Sr. Lamprecht, no puedo convenir en esto con usted, respondió vivamente el pintor con el rostro encendido. Su señor padre de usted era...

— Sí, exclamó Reinoldo interrumpiéndole y encogiéndose de hombros; mi padre dió a menudo pruebas de una indulgencia incomprensible. Pero dado su modo de pensar, no es posible suponer que consintiera a ese niño un acto de familiaridad tal en presencia de los ilustres amigos reunidos en ese salón; de aquí que yo debo impedirle que se acerque al cadáver... Conque ¡largo de aquí! que para nada necesitamos que beses la mano a mi padre.

Dijo estas palabras al niño, cogiéndolo por la espalda y señalándole la puerta.

Margarita, indignada, abrió el cortinaje tras del cual se había refugiado y se dispuso a salir de su escondite cuando vió que, en el mismo momento acudió presuroso Herberto. Éste, que había presenciado la anterior escena desde la puerta del salón, cogió al niño de la mano y sin decir palabra y pasando por delante de Reinoldo, lo condujo hasta el catafalco y le ayudó a acercarse al ataúd.

— ¡Preferiría besarle en la boca!, dijo el niño a media voz a Herberto apartando su cara de la pálida mano del muerto cubierta de flores. ¡Me había él besado tantas veces, cuando estábamos solos!

Herberto vaciló un instante; luego cogió al niño en brazos y lo levantó por encima de la caja mortuoria. Entonces la hermosa cabeza del muchacho se inclinó sobre el cadáver, de modo que sus negros rizos acariciaron aquella frente fría y estampó un beso en los descoloridos labios del muerto.

Margarita, que se había detenido al ver la intervención de Herberto y que permanecía aún cerca de la ventana sintió como un alivio de su dolor y fijó una mirada de gratitud en aquel hombre que con una protesta seria, resuelta, arrojó de aquel lugar sa-



Sin decir una palabra la atrajo suavemente hacia sí...

grado la dureza de corazón. En el entretanto, habían salido silenciosamente las personas que estaban en el salón y que se disponían a partir.

— ¡Qué cuadro tan conmovedor!, exclamó la baronesa de Taubeneck mientras Herberto depositaba suavemente al niño en el suelo. Pero por más esfuerzos de memoria que hago, añadió dirigiéndose a la señora consejera, no recuerdo que exista ningún pariente tan niño en su familia.

— Tiene usted razón, señora, respondió Reinoldo casi violentamente y con acento irritado; mi hermana y yo somos los únicos sobrevivientes. El beso de ese niño no es sino una muestra de gratitud por los beneficios recibidos de mi padre, pues, por lo demás, el muchacho nada tiene que ver con nuestra familia... Es de ese hombre, añadió señalando al viejo pintor.

Éste, sin decir palabra, cogió la mano del niño e inclinándose, en actitud de agradecimiento, ante Herberto, salió de la galería.

Dijérase que con él se iba todo rumor de voz hu-



Entonces la hermosa cabeza del muchacho se inclinó sobre el cadáver...

mana, tan profundo, tan embarazoso fué el silencio que, después de su marcha, reinó en la galería.

Aquella disputa, tan torpemente provocada junto al cadáver del Sr. Lamprecht, había producido una impresión lamentable a cuantos habían sido testigos de ella. Nadie habló ya; despidiéronse los presentes con silenciosos saludos, y poco después oyóse en la calle el ruido de los coches que partían en todas direcciones.

— ¡Cuán dolorosa es tu muerte prematura, Balduino!, murmuró el anciano consejero embargado por la pena y contemplando el cadáver de su yerno. ¡Que Dios se apiade de las pobres gentes que ahora dependerán de un hombre sin corazón como tu hijo y habrán de estar bajo su férula!

En la galería sólo quedaban él y su nieta; los de-

más habían ido a acompañar a los que se marchaban.

— ¡Vamos, Margarita, basta ya, sé fuerte!, dijo en tono suplicante mientras acariciaba con sus manos los rizos de la joven que, anegada en llanto, se había arrodillado junto al ataúd.

Margarita, después de haber besado la fría mano de su padre, como si no quisiera con sus besos borrar la huella de los que la boca del niño había estampado en sus labios, levantóse y cogida de la mano de su abuelo, entró en un cuarto contiguo.

— ¡Así, mi querida Margarita! Lo más doloroso pasó ya. Y ahora, vete a pasar un par de semanas en Berlín; allí recobrarás la calma y tu pobre cabecita atormentada volverá a erguirse firme y serena... Y una vez allí, piensa también en tu viejo abuelo, que se va a quedar muy solo en Dambach, porque... ya nunca más volverá aquí.

Al decir esto sus labios temblaban.

— Hija mía, añadió; tu padre se portó siempre conmigo como un buen hijo, y como tal le quise, por más que su alma fué siempre para mí un libro cerrado bajo siete sellos.

Salió el anciano, cerrando la puerta, y Margarita se refugió en la estancia más apartada, en el salón rojo.

Sabía que al apagarse los cirios se acabaría la última pompa consagrada a una existencia ilustre a los ojos del mundo, y que estaban hechos todos los preparativos para enterrar a su padre a las primeras horas de la mañana siguiente... Sí, al otro día, a aquella misma hora, todo habría terminado y ella misma estaría lejos, muy lejos de aquella casa, ahora para ella desierta.

En efecto, aquella tarde llegaba de Berlín el tío Teobaldo para asistir al entierro y regresar luego, con ella, a la capital.

Paseábase la joven por aquella estancia apenas iluminada y sus pasos resonaban entre las altas paredes.

El primer piso, hacía tiempo deshabitado, había sido arreglado provisionalmente con lo más preciso; no había en él alfombras y todos los retratos estaban todavía amontonados en el corredor. Sobre el descolorido papel de la pared formaba una mancha oscura el trozo cuadrado del sitio que en otro tiempo ocupara el retrato de la dama de las piedras preciosas, de aquella mujer hermosa y ardientemente amada cuya pobre alma, según afirmaba la cruel super-

perstición, había vagado durante un siglo por la vieja casa de los Lamprecht, hasta que la tormenta se la llevó en sus alas...

¡Oh, aquella noche de la tormenta! Fué aquella la última vez que ella vió a su padre. «Hasta mañana, hija mía», habíale dicho éste; y éstas fueron las postreras palabras que oyó de su boca. Aquel «mañana» no debía llegar jamás. Y pensando esto, se oprimía la frente con las manos.

En esto se oyeron pasos en la galería; era Herberto que con interés iba mirando las habitaciones una por una. Llevaba el sobretodo puesto y el sombrero en la mano.

Cuando llegó a la puerta del salón rojo, en donde estaba Margarita, ésta cesó en sus paseos y poco a poco fué dejando caer las manos con que se apretaba las sienes.

— ¡Cómo, te han dejado sola, Margarita?, dijo con el mismo acento cariñoso y compasivo con que años antes habíale oído Margarita dirigirse al enfermizo Reinoldo. ¡Cuán fría y rígida estás!, añadió entrando en el salón y cogiendo las manos de su sobrina. Este cuarto sombrío y desierto no es una estancia a propósito para ti. Ven conmigo.

Dijo estas palabras en tono de suave ruego, y alargando el brazo para rodear con él, en ademán protector, el cuerpo de la joven.

— ¡Me duelen los ojos!, exclamó ésta secamente desde un rincón oscuro de la estancia adonde se había refugiado espantada al ver la actitud de su tío. Después de la violenta claridad de la galería, esta semiobscuridad es un descanso para mi vista...

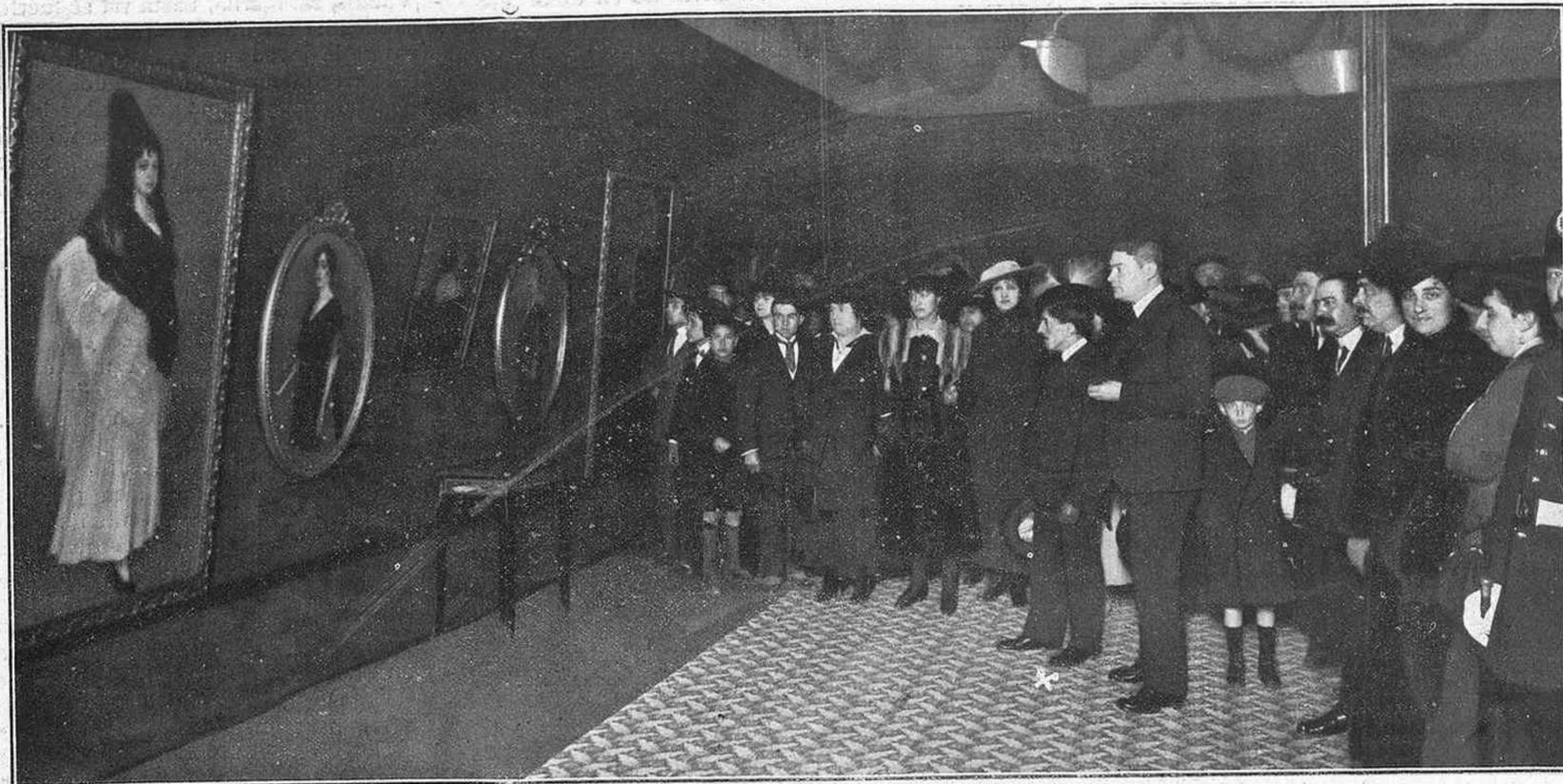
(Se continuará.)

BARCELONA. - EXPOSICIÓN RECODER

En el Salón Parés celebra actualmente una exposición de algunas de sus últimas obras el

MADRID. - ESTRENO DE «LA BENDICIÓN DE DIOS»

Los Sres. Passo y Abati, esos afortunados autores que como pocos dominan el género vo-



Barcelona. - El pintor Sr. Recoder (x) el día de la inauguración de la exposición de sus obras en el Salón Parés. Para asistir a este acto ha venido a esta ciudad una comisión del Ayuntamiento de Mataró, ciudad de donde es hijo el Sr. Recoder. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

notable pintor José M.^a Recoder, quien exhibe en ella veintitrés retratos, de ellos tres al carbón y los restantes al óleo unos y al pastel otros, ocho estudios y seis dibujos.

La nota característica común a todos los retratos es la sinceridad con que el artista ha reproducido los originales, conservando los rasgos distintivos de cada uno, sin tratar de embellecerlos artificialmente. En ellos aparece perfectamente reflejada, aparte del exacto parecido físico, la personalidad íntima del retratado, y esto prueba que el Sr. Recoder ha comprendido bien la importancia del género a que con predilección se dedica y que cuenta con aptitudes más que suficientes para cultivarlo dignamente, sin tener que recurrir a concesiones que si facilitan el logro de éxitos aparatosos pero generalmente efímeros, no siempre se ajustan a los altos fines del arte verdadero.

Tienen, además, todos estos retratos, especialmente los femeninos, un sello de distinción que avalora las otras buenas cualidades que en ellos se admiran y que, aparte de las antes indicadas, son las referentes al dibujo y al color. El dibujo es sólido, correcto, de líneas definidas; y el color hállase distribuido en gradaciones sin contrastes violentos, antes al contrario, con una delicadeza y una armonía que demuestran un conocimiento completo de la técnica pictórica. Recoder no busca los efectos que impresionan a muchos; quiere que el efecto y la impresión surjan de la obra misma, sean hijos de la realidad, no del artificio. No pretende deslumbrar, sino que se propone simplemente vencer y consigue plenamente su propósito, porque sus retratos, en verdad, convencen.

Bellísimos son también sus estudios, todos, excepto uno, de tipos femeninos. Aquellas mujeres de garbosas figuras, de airoas actitudes y de expresivos rostros; aquellos bustos cubiertos con pañuelos de vivos colores, son seres vivos, con ojos que miran y bocas que hablan.

Sus dibujos son también dignos de los mayores elogios por la seguridad y la corrección con que están trazados, así como por la expresión de naturalidad que en ellos se observa. En el próximo número reproduciremos algunas de las obras que el Sr. Recoder tiene en esta exposición; por ellas verán nuestros lectores que no son exagerados los elogios que les dedicamos.



Madrid. - Una escena de *La bendición de Dios*, comedia en dos actos de los Sres. Passo y Abati estrenada con excelente éxito en el Teatro Cervantes. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

devilescos y conocen el secreto de hacer reír al público, han obtenido un nuevo éxito con la comedia en dos actos *La bendición de Dios*, recientemente estrenada en el Teatro Cervantes.

Un error cometido por un modesto funcionario de un Juzgado municipal al extender una partida de casamiento en el registro, deja sin efecto alguno legal la celebración de un matrimonio civil. Los padres de la novia, temerosos de las consecuencias que ello podría tener para su hija, tanto más cuanto que el marido ya se mostraba reacio a casarse, apelan a toda clase de recursos para evitar que el matrimonio se consuma antes de que pueda remediarse el contratiempo sufrido mediante la reconstitución del estado legal, porque de otro modo se corre el peligro de que el esposo, al enterarse de lo ocurrido, abandone a la que legalmente no es su mujer. Hay que tener en cuenta que a todo esto ha dado lugar la obstinación del padre, librepensador empedernido, que se opuso resueltamente a que su hija contrajese matrimonio canónico. Como los recién casados han emprendido su viaje de bodas, los padres de ella salen rápidamente en persecución de los novios para lograr el objeto que se proponen; y esto da lugar a una serie de incidentes de gran fuerza cómica que acaban con una solución satisfactoria y con la conversión del padre librepensador, que reconoce, al fin, lo erróneo de sus ideas y consiente en que su hija se case como Dios manda.

Simó Raso e Irene Alba están admirables en sus respectivos papeles; y muy acertados en los suyos la señorita Ríos, las señoras Toscano y Simó, y los señores Molinero, Aguirre, Caba, Messeguer y Sopela.

Simó Raso e Irene Alba están admirables en sus respectivos papeles; y muy acertados en los suyos la señorita Ríos, las señoras Toscano y Simó, y los señores Molinero, Aguirre, Caba, Messeguer y Sopela.

MADRID. - EXPOSICIÓN CABANES-OTEIZA

El distinguido artista vasco Sr. Cabanes-Oteiza ha expuesto en Madrid, en el Salón de Arte Moderno, una interesante colección de paisajes, escenas populares, caricaturas, etcétera, cuadros pintados al óleo unos, a la aguada otros y algunas com-



Madrid. - Exposición de cuadros del Sr. Cabanes Oteiza que se celebra en el Salón de Arte Moderno. (De fotografía de J. Vidal.)

posiciones formadas con siluetas de madera. Los paisajes tienen toda la aspereza de los montes y cielos septentrionales en que el artista se ha inspirado; las figuras están bien movidas y combinadas hábilmente; y las caricaturas son justas y bien entonadas.



Barcelona. - El ilustre pintor Ramón Casas (x) celebrando con algunos artistas amigos la inauguración de la exposición de sus obras en las «Galerías Layetanes». (Fot. de Merletti.)

BARCELONA

EXPOSICIÓN CASAS

Apenas transcurrido un año desde que, en unión de Rusiñol y Clarassó, expuso Ramón Casas en el Salón Parés algunas de sus últimas obras, ofréce-nos ahora en las «Galerías Layetanes» una exhibición que no vacilamos en calificar de espléndida y que, si por el número de cuadros de que se compone demuestra una vez más la actividad y la laboriosidad del pintor, por la valía de los mismos es elocuente prueba de que el artista no se duerme sobre sus laureles, sino que prosigue avanzando siempre con iguales bríos y con fe y entusiasmo iguales por la senda en que tantos y tan grandes triunfos ha obtenido.

En su actual exposición, en la que figuran veintinueve obras, nos presenta Casas exclusivamente una colección de tipos femeninos, en presencia de los cuales bien puede afirmarse que pocos artistas pueden compararse con él en el concepto de pintores de mujeres. En este género ha llegado a una perfección tal, que sus producciones embelesan no solamente por la vida que respiran, sino también por la gracia, la distinción y la elegancia de que rebosan: son seres animados, no figuras pintadas, y seres de singular belleza, pues Casas, en pintura, profesa indudablemente las mismas teorías que hicieron decir, a propósito de la literatura, a la regia poetisa muerta hace poco: «¿A qué describir lo feo, cuando lo bello no se ha agotado todavía?»

Desengañense Vds.
¡ Es el único!
JABÓN HENO DE PRAVIA

Ehrmann.

Los rostros de sus mujeres, delicadamente pintados, tienen facciones correctísimas, de una pureza de líneas encantadora, de encarnaciones suaves; los ojos, de dulce expresión unos, de mirada osada y provocativa otros, son reflejo de un temperamento, verdaderos espejos del alma, y las bocas, ora risueñas, ora de contraídos labios, parecen unas veces musitar una caricia y otras lanzar un reto. Y en cuanto a los cuerpos, todos esbeltos, todos gallardos, todos en admirables actitudes, producen la impresión del movimiento, gracioso en unos, reposado en otros, rítmico o desordenado, pero siempre natural, adecuado siempre al carácter de cada figura.

Casas conoce, además, como pocos, el secreto de vestir y adornar a sus mujeres de la manera que mejor cuadre a sus respectivos tipos, tocándolas con la airosa mantilla, o el típico cordobés, o el gracioso pañuelo, o el elegante sombrero de anchas alas y lujoso plumaje; envolviéndolas en mantones de Manila de colores chillones y largos flecos, o en abrigos de lujosas pieles; vistiéndolas con sencillos trajes o con ricas *toilettes* del gusto más refinado, y prendiendo en sus cabellos y en sus pechos flores de vivos matices que realzan sus encantos.

Todo esto admiramos en la actual exposición de Ramón Casas; y admiramos, además, esa corrección de dibujo y esa riqueza y armonía de color que son patrimonio de los que tienen verdadero dominio de la técnica.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS REVOLUCIONARIOS MEXICANOS. (Fotografía de M. Branger.)



El general Villa al frente de una de sus partidas armadas. - Este general, con su incursión en territorio norteamericano, atacando la ciudad de Columbus (Nuevo México), ha dado motivo para que el gobierno de los Estados Unidos organizase contra él una expedición militar

La situación de la República de México no acaba de normalizarse; y aun cuando el general Carranza ha sido reconocido oficialmente como presidente por los Estados Unidos, por las repúblicas sudamericanas y por la mayoría de las potencias europeas, todavía los zapatistas y los villistas campan por sus respetos en algunas regiones de aquel país.

El llamado general Villa, no contento con sus correrías por el interior de México, ha efectuado recientemente una incursión en territorio norteamericano, atacando con quinientos hombres la ciudad de Columbus (Nuevo México) y asesinando a muchos de sus habitantes. Las tropas norteamericanas repelieron enérgicamente la agresión y persiguieron a los villistas dentro del territorio mexicano, causando cien muertos y doscientos heridos; y después de haber tenido tres encuentros con aquéllos hubieron de repasar la frontera por haber recibido sus enemigos algunos refuerzos.

La incursión de Villa produjo gran emoción en Washington, porque por su naturaleza compromete la política de no intervención de los Estados Unidos; pero éstos se hallan resueltos a proceder enérgicamente contra los villistas, por lo cual, después de haberse puesto de acuerdo con el general Carranza, han enviado a México un ejército de 5.000 hombres organizado por el general Funston, el que capturó al caudillo filipino Aguinaldo, haciendo constar que se trata de una expedición puramente defensiva realizada con el único y exclusivo objeto de castigar las demasías de los secuaces de Villa y de evitar que en lo sucesivo puedan éstos repetir actos como el

llevado a cabo contra la ciudad de Columbus. Una columna, al mando del general Porshing, ha comenzado ya sus operaciones y se anuncia oficialmente que tres regimientos de caballería han recibido orden de marchar inmediatamente a la frontera a fin de reemplazar a las fuerzas que avanzan en el interior de México.

Al mismo tiempo, la flota de guerra norteamericana está preparada para intervenir y desembarcar sus tripulaciones en el caso de que se vieran amenazados en sus personas o en sus bienes los ciudadanos de los Estados Unidos establecidos en las provincias ocupadas por los revolucionarios.

La acción norteamericana se cree que no ha de constituir un peligro para la futura independencia de México, puesto que se efectúa en condiciones muy distintas de las en que se habría efectuado hace dos años, es decir, antes de las conferencias que reunieron en Niágara primero y en Washington después a los representantes de las repúblicas sudamericanas y a los de los Estados Unidos, y en las cuales recayó perfecto acuerdo de respetar la independencia y la integridad de la República mexicana.

Pero su vecindad y su deseo de que no se turbe la paz americana imponen a los Estados Unidos la operación de policía que ha emprendido y a la cual, en sentir de algunos conocedores de los asuntos de América, no sería extraño que se asociasen las repúblicas sudamericanas, enviando Chile, Argentina y Brasil, por ejemplo, algunos de sus buques de guerra a juntarse con la escuadra yanqui en el caso de que la anarquía volviese a enseñorearse de

México. De este modo la demostración sería más significativa y probaría que la política de Monroe, «América para los americanos», había entrado en una nueva e importante etapa que podría denominarse panamericana.

No es de suponer que las tropas norteamericanas se alejen mucho de su frontera y se internen muy adentro del territorio mexicano, porque ello las obligaría a sostener una guerra de guerrillas en la que las mayores ventajas estarían de parte de los villistas, pues además de que el jefe de éstos es probablemente el que más dotes militares posee de todos los caudillos que desde hace cuatro años se disputan el dominio de México, las provincias en donde sostiene la campaña son sumamente accidentadas y pobres en agua. Lo más probable, por consiguiente, es que su acción se limite al establecimiento de algunos puestos reforzados y de algunas sólidas guarniciones cerca de la frontera, es decir, a la instalación de una especie de red sanitaria de protección.

El general Carranza, a su vez, ha solicitado del gobierno de los Estados Unidos autorización para perseguir a las partidas villistas aun en territorio norteamericano, la cual autorización le ha sido concedida. Según parece, esta petición ha sido formulada en términos un tanto enérgicos, recordando a propósito del ataque a Columbus, una invasión análoga realizada en otro tiempo en territorio mexicano por indios de los Estados Unidos, sin que esta agresión provocara entonces un conflicto internacional.

OBRAS DE JOSÉ SELGAS

DEUDAS DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

CUADROS COPIADOS DEL NATURAL

EDICIÓN ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA

Dos tomos de nuestra Biblioteca Universal. Se venden encuadernados a CINCO pesetas tomo para los suscritores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y SEIS pesetas para los no suscritores. - Nueva edición.



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN